

CAPITULO XXIX.

La familia de Moctezuma.



¡HEMOS desde luego el origen de la dinastía de Moctezuma.

Segun la tradicion, en el reinado de uno de los primeros príncipes de la dinastía azteca sufrió el Estado de México grandes perturbaciones.

El rey de los tepahuecas hizo una cruda guerra al soberano de México, estado entónces muy pequeño, y le obligó à que abandonase sus dominios.

No contento con este triunfo, era tal su saña, que se propuso no dejar con vida à su rival, y le persiguió à todas partes, esclavizando desde luego al pueblo mexicano.

Era tan penoso el cautiverio que sufría el pueblo, que no había medio humano de soportarle.

En tan aflictiva situacion, un azteca nacido en noble cuna y dotado de un valor à toda prueba, tomó à su cargo la mision de libertar à su patria, de vengarla y de castigar la soberbia del tirano que la oprimia.

Organizó una conjuracion, en la que tomaron parte todos los mexicanos de noble alcurnia.

De acuerdo convinieron en despertar al pueblo del letargo en que yacía, y pusieron en planta los medios de realizar este milagro, que milagro era, dado el abatimiento en que se hallaban los míseros mexicanos.

Fueron inútiles las tentativas que hicieron aquellos esforzados conspiradores.

El pueblo temió que no pudieran realizarse los designios de los que le incitaban à sacudir el yugo.

No por esto desmayaron los conjurados, y viendo la plebe que no podia disuadirles de su intento, les amenazó con delatarlos à su enemigo.

—¿Deseais la libertad? preguntaron los conspiradores à los mexicanos.

—Sí.

—Pues bien; nosotros lo organizaremos todo para proporcionároslo.

Y si no realizamos nuestro deseo, para aplacar la ira del tirano, para que podais aparecer como inocentes, nos entregaremos à vosotros y podreis presentarnos como verdaderos autores del atentado à nuestros enemigos.

Juráronlo así con la mayor solemnidad, y los plebeyos correspondieron à su abnegacion, comprometiéndose si triunfaban, à considerarlos como señores y à concederles una autoridad ilimitada sobre ellos y sus descendientes.

Resueltos à morir ó à vencer, los que anhelaban la independencia de México presentaron la batalla à su enemigo y obtuvieron el triunfo.

Poco despues reemplazó en la tiranía al soberano que había tenido que fugarse, el jefe de la conjuracion, que tomó el nombre de Moctezuma primero.

El pueblo, como sucede siempre, cambió un tirano por otro. Moctezuma primero fué padre del emperador à quien hemos hallado al frente del imperio mexicano.

Ménos déspota que su progenitor, Moctezuma segundo, valiente como él, y no ménos esforzado, aunque tiranizaba à su pueblo, amaba à las personas más allegadas à él.

De su primera esposa Maxaimazin tuvo, como hemos dicho ya, cuatro hijos.

Maxaimazin pertenecía à la más pura raza azteca, y como la

dulzura de su carácter contrastaba con la altivez de Moctezuma, inspiró á éste un entrañable amor.

Débil por naturaleza y vehemente en sus pasiones, la jóven india solo vivió seis años despues de su union con el emperador.

Guacalcinla, la hija mayor de Maxaimazin, tenia diez y seis años y quince Temixpa.

Las dos hermanas tenian los ojos tan idénticos y tan parecidos á los de su madre, que Moctezuma las amaba con delirio, no solo por ser sus hijas, sino por que en sus miradas parecian conservar el alma de su madre.

Al poco tiempo de bajar al sepulcro Maxaimazin, le reemplazó en la hamaca nupcial Miazochil, segunda mujer de Moctezuma, y llegó á ser primera y única.

Era Miazochil altiva, soberbia.

Su voluntad era una roca en la que se estrellaban á veces las órdenes de su marido, órdenes que todo el imperio en masa no se atrevia á resistir.

Su entereza de carácter agradaba en extremo á Moctezuma, por eso sentia un vivo afecto hácia su esposa.

No habia tenido de ella descendencia; pero amaba como una madre á los hijos de su antecesora Maxaimazin.

Miazochil pasaba largas temporadas en la ciudad de Tula, de la cual era señor su único hermano.

Eran, pues, las personas más allegadas á Moctezuma Miazochil, Guacalcinla, Temixpa y los dos hermanos de éstas, niños de ocho á nueve años.

Seguian los parientes más inmediatos suyos, sus sobrinos el príncipe de Iztacpalapa, el señor de Tezcuco y el príncipe de Tacuba.

Este último era, además, esposo de Guacalcinla.

Cacumatzin tenia pedida á Moctezuma por esposa á su hija Temixpa.

El príncipe de Iztacpalapa estaba casado con la hermana me-

nor de Moctezuma; estas personas formaban, por decirlo así, la familia real.

Pero al lado del emperador vivian multitud de parientes inferiores, á los que tenia obligacion de aceptar y proteger.

Hemos dado á conocer detalladamente á todos estos personajes, porque en la accion que va á desarrollarse ante nuestros lectores van á desempeñar todos ellos papeles muy importantes.

La llegada de los españoles produjo en la esposa de Moctezuma una profunda tristeza.

Estaba acostumbrada á leer en los ojos de su esposo las ideas que cruzaban por su mente, y no podia ocultarle el emperador el desaliento y la postracion en que habia quedado.

La soberbia Miazochil sintió una profunda indignacion al contemplar á aquel guerrero, á quien toda una nacion habia temido siempre, poseido de un terror pánico que ni aun á sí mismo queria revelarse.

Las dos hermanas, Guacalcinla y Temixpa, no pudiendo comprender aún lo que significaba para su padre la llegada de los extranjeros, solo sintieron curiosidad, y se deleitaron al contemplar las bagatelas y fruslerías con que Hernan Cortés obsequió á su padre.

Asombraban á sus hermanitos aquellos juguetes, y eran los más felices del mundo al ver que los espejos copiaban su rostro con más exactitud que las aguas de un cristalino lago.

Los príncipes querian suplir con su indómita fiereza las fuerzas que veian perder por momentos á su soberano.

Guatimotzin y Cacumatzin, el uno esposo ya, y el otro amante, albergaron en su corazon, al lado del pesar que como mexicanos les producía la llegada de los españoles, los celos que como enamorados les inspiraban los apuestos guerreros que acompañaban á Hernan Cortés.

Cuando Moctezuma llevó á Hernan Cortés á la habitacion de su esposa, recibió ésta al extranjero con la dignidad de una reina.

Las dos princesas y los niños rodearon al caudillo, llevando su cruel curiosidad hasta el atrevimiento de posar su mano en la armadura y en la espada del valiente guerrero.

—¿Qué pensais de mi córte, de mi familia, de mí mismo? preguntó Moctezuma á Hernan Cortés.

—Pienso, contestó éste, que sois el soberano más feliz de la tierra, y que mi señor el monarca de España se congratulará teniendo por tributario y amigo á un príncipe de vuestras prendas.

Todas estas respuestas humillaban á Moctezuma; pero estaban dichas de tal manera, que le desarmaban y le entristecian en vez de exasperarle.

—Ahora, añadió el monarca mexicano, volved á vuestra morada á descansar. Vuestros capitanes os aguardan en el patio de honor.

Hernan Cortés estrechó la mano del emperador.

Aquella mano ardía.

—El leon empieza á tener calentura, dijo el conquistador de México; pronto, muy pronto, lograré dominarle.

Miazochil esperó toda la noche á su esposo.

Inútil esperanza.

Moctezuma habia llamado á su lado á los príncipes, sus sobrinos, y conversó con ellos largamente acerca de la actitud de los extranjeros y de las medidas que debería tomar para sacudir aquella opresion, que por lo mismo que era blanda y aparentemente amistosa, le hacia más daño que si hubiera sido violenta y despiadada.

CAPITULO XXX.

Debilidad.



PARA un monarca como Moctezuma, acostumbrado desde los primeros años de su vida á dominar á todos los que le rodeaban; para un soberano como él, cuya voluntad habia sido acatada y adivinada por todos sus vasallos, desde los más altos hasta los más bajos; para un hombre de pasiones violentas, de carácter soberbio como el infortunado emperador de México, las emociones que se sucedian en su patria desde la llegada de los españoles, la superioridad que aquellos extranjeros tenian sobre él, no ya en su conciencia, sino en la conciencia de su pueblo, debian producir honda perturbacion. No podia explicarse lo que le pasaba.

Dotado de un corazon generoso, la grandeza de los extranjeros le obligaba á admirarlos.

Al mismo tiempo en la risonomía de Hernan Cortés habia un atractivo poderoso, que encadenaba la voluntad del soberano azteca à pesar suyo.

Todas las maravillas del lujo de que se hallaba rodeado, todos los aparatos de fuerza que halagaban su amor propio, perdian importancia cuando consideraba á aquellos hombres, descendientes, en su concepto, del gran Quezalcoal, que desde lejanas tierras, en débiles embarcaciones, habian llegado hasta su ciudad contra su voluntad misma, y pasado con la auréola del triunfo por millares de cadáveres.

Aquellos hombres habian herido por la primera vez de su vida su voluntad de hierro.

Moctezuma delante de todos sus ministros, delante de todos los magnates de su corte, sin ocultar al pueblo sus deseos, habia manifestado que no consentiria que los españoles pisasen su territorio.

Y aquella determinacion, que no uno solo, pero ni tampoco todos los reyes y caciques de aquella vasta península, se hubieran atrevido á contrarestar, habia tenido que ser derogada por el hasta entónces invencible monarca.

¿Qué valian aquellas legiones de guerreros que obedecian sus órdenes, que estaban dispuestos à sacrificar su vida en aras de la voluntad ó del capricho del monarca, ante los rayos que fulminaban los extranjeros, ante el amparo que les prodigaban los dioses mismos de los aztecas? Ante los desastres que habian sufrido las tribus indias que se habian opuesto como un valladar á su marcha impetuosa, eran pigmeos los que hasta entónces habian parecido gigantes.

El hierro se convirtió en cera.

Moctezuma no pudiendo resistir el empuje de los españoles, pactó con ellos.

No pudiendo ser soldado, se hizo hábil diplomático.

Cambió la fuerza por la perfidia.

Preparó en Cholula y en Guacilcacingo dos emboscadas á los extranjeros, al mismo tiempo que los embajadores les manifestaban que el monarca mexicano estaba dispuesto á aceptar la amistad que le ofrecian.

Pero vencido tambien como diplomático, descubiertas sus intrigas, ¿qué podia hacer sino aceptar de lleno la voluntad de los dioses, superior entónces á la suya?

Los españoles entraron en México, y ya hemos visto que su presencia abatió por completo el ánimo del monarca.

Aceptó, sí, con gusto la amistad del soberano que enviaba por embajadores á aquellos hombres sobrenaturales.

Se entregó con verdadero júbilo á la paz que le brindaban.

Pero desde el principio descubrió en sus palabras una tenacidad irresistible.

Un deseo vigoroso de destruir la religion de sus antepasados.

Se avergonzó de sí mismo al ver que habian proferido otros hombres en presencia suya expresiones contra sus ídolos.

Que habian menoscabado la religion de su patria.

Que habian querido destruir las creencias de tantos siglos.

Que habian querido borrar la tradicion.

Sin embargo, aquellos hombres que tal atrevimiento tuvieron en su presencia, no fueron inmolados como víctimas propiciatorias en las aras del templo de sus dioses.

Sentia, pues, cadenas de oro, pero al fin cadenas, pesando sobre su dignidad, amenguando su voluntad, y al contemplarse pequeño y miserable, al pensar que podia perder ante su pueblo el prestigio que con tanto interes habia conservado hasta entónces, se apoderó de su alma una profunda melancolía.

Sí, melancolía profunda y dolorosa era la que sentia aquel monarca, poco tiempo ántes señor de un gran pueblo.

Y como el prisionero atenúa su pena recordando tras de los hierros las dulzuras del pasado, así Moctezuma en presencia de Hernan Cortés desplegaba todo el lujo de su corte, todas las magnificencias de sus Estados.

Pero ¿para qué?

Para que el caudillo de los españoles, resuelto á dominarle, atajara sus exclamaciones con frases desdeñosas, y opusiera á las exageraciones de su grandeza la indiferencia ó las muestras de un poderío mucho mayor.

Y sin embargo, Moctezuma sentia hácia Hernan Cortés un afecto irresistible.

Comprendía instintivamente que aquel hombre era digno de él.

Hasta entónces no había hallado, ni en su propia familia, ni en los capitanes más esforzados de su ejército, ni en los monarcas de las naciones ó de las provincias vecinas á su capital; hasta entónces, repetimos no había hallado un alma capaz de comprender la suya.

¡Ah! Si esto hubiera sucedido, si Moctezuma no hubiera perdido en lo mejor de su edad á su primera esposa, la amante de su corazón; si hubiera encontrado al lado suyo un corazón capaz de comprender y de apreciar los generosos sentimientos que la soberbia dominaba en él, acaso su dominación en México habría sido ménos odiosa.

Acaso la expansión de su alma hubiera alejado de su espíritu la tiranía.

Acaso entónces aquel pueblo que se aprestaba como humilde cordero á entregar su cuello á los conquistadores, convirtiéndose en una sola voluntad y en un solo brazo, hubiera presentado al espíritu ambicioso de un aventurero y á los codiciosos deseos de una nación, la fuerza necesaria para mantener incólume su independencia, y para destruir á los que procuraban arrebatársela.

No fue así.

Hé aquí la razón por la cual de un lado los sacerdotes, empleando su sabiduría, perturbaban la conciencia de Moctezuma, haciéndole creer que los dioses se mostraban implacables con él; hé aquí por qué su pueblo veía con gusto, aunque sin explicárselo, el prestigio y dominación que ejercían sobre el monarca los extranjeros, considerándolos superiores á él, por la misma razón de que le habían vencido moralmente.

Así, pues, Moctezuma, al comprender en Hernán Cortés un corazón privilegiado, un carácter enérgico, hubiera querido ser sinceramente su verdadero amigo.

Pero no podía su amor propio quedar supeditado á los sentimientos de su alma.

El día en que obsequió con el banquete que hemos descrito á Hernán Cortés, sufrió tanto, que la enfermedad que empezaba á apoderarse de su espíritu ganó terreno con prodigiosa prontitud.

No sabía dónde volver los ojos.

Quería creer en la sinceridad de las protestas de los españoles.

Al mismo tiempo sentía la catástrofe que amenazaba su cabeza.

—No, no es posible, exclamaba; yo no puedo resistir el influjo de ese hombre, y sin embargo, necesito resistirlo.

Mi esclavitud sería la de mi pueblo.

Pero ¿qué resistencia oponer á esos hombres, que no me ofenden, que me brindan una amistad en nombre de su monarca?

Es cierto que combaten la religión que hemos jurado; pero no lo hacen por medio de la fuerza, sino por medio de la persuasión.

¿Por qué ejercen esa fascinación sobre mí? ¿Por qué los dioses me han abandonado de tal manera, que ni aun valor para quejarme tengo?

Cada día que pasa aumenta á mis ojos el prestigio de esos hombres.

Yo mismo me avergüenzo de mi debilidad, y en las miradas de Miazochil hallo la imagen de mi remordimiento.

No, no; esto no puede continuar así; es necesario tomar una resolución definitiva, enérgica; es necesario que yo salve á mi pueblo, que me salve á mí mismo.

Y partiendo de esta resolución, mandó llamar á los tres príncipes.

Los tres estaban indignados de la conducta de Moctezuma.

Cacumatzin, sobre todo, cuyo carácter díscolo y receloso no podía comprender la bondad del soberano, y cuya soberbia se

resistía á la benevolencia con que trataba Moctezuma á los españoles; Cacumatzin, repetimos, que á estos motivos de odio unia los celos que le inspiraban las apasionadas miradas de Temixpa á los extranjeros, meditaba una venganza horrible contra aquellos hombres, que en tan breve tiempo habian trastornado por completo el modo de ser de un vasto imperio.

Asistamos á la conferencia que celebraron con el emperador los tres príncipes sus sobrinos.

CAPITULO XXXI.

Temores y dudas.



Os he llamado, exclamó Moctezuma, para saber las impresiones que habeis recibido en todo el dia de hoy, para que me confíes la idea que habeis formado de los extranjeros, para desahogar en vosotros la opresion de mi pecho, y oír vuestra opinion acerca de la conducta que debemos seguir para con ellos.

—Es la primera vez, dijo el príncipe de Iztaacpalapa, que nos hablas de esa manera. Mucho debemes agradecer á los extranjeros, porque nos proporcionan tu amistad:

—¿Empiezas acusándome?

—No; empiezo congratulándome de un acontecimiento que es fausto para nosotros, por más que sea triste para nuestra nacion.

—Dices bien, repuso Cacumatzin. Yo preferiria mil veces que Moctezuma con toda la plenitud de su poder, nos mirase con indiferencia y hasta con desprecio, nos considerase como al último de sus vasallos, con tal de que los extranjeros no hubieran puesto la planta en su territorio, con tal de que no estuviéramos próximos, como estamos, á llorar nuestra esclavitud.

—¿Eso piensas?

—Eso creo.

—¿Y en qué te fundas para tener esas ideas?

—Tú has visto cómo han llegado hasta nuestra ciudad.